

EL CABALLERO DE LAS BOTAS AZULES

Ausencia, dolor y vanidad



Rosalía de Castro

Prólogo por Josefa Molina



EDICIONES GAROÉ

DE CASTRO, Rosalía: El caballero de las botas azules

Edición original CDU: 821.134.2-31"18"

Biblioteca Nacional de España

© obra [Rosalía](#) de Castro

© edición 2022 [Ediciones Garoé](#)

© imágenes cubierta: Harriet Backer

Lienzo (1902) The Library of Thorvald Boeck

Adaptación y actualización de la obra: María Ibayá Yuste González

Título de la colección: Ausencia, dolor y vanidad

Prólogo: Josefa Molina

Dibujo patrón floral: Paula Marian Amado

Vectores ilustraciones: Luxuryus

Maquetación y diseño de cubierta: Garoé Designer

Corrección: Víctor J. Sanz

ISBN-Ebook: 978-84-124691-8-9

ISBN: 978-84-121248-9-7

Depósito legal: GC 53-2022

Ediciones Garoé apoya la protección de derechos de autor.

El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de derechos de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo, está respaldando a los autores y permitiendo que Ediciones Garoé continúe publicando libros para todos los lectores.

Diríjase a [CEDRO](#) (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesitase fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Garoé

Calle El Repartidor, 3, 3L

35400 Arucas, Las Palmas de Gran Canaria

Tlf.: (+34) 928 581 580 Islas Canarias, España

www.edicionesgaroe.com

EL CABALLERO DE LAS BOTAS AZULES



Rosalía de Castro



EDICIONES GAROÉ

Índice

Harriet Backer	
Prólogo	
Un hombre y una musa	
— I —	
— II —	
— III —	
Capítulo I	
Capítulo II	
Capítulo III	
Capítulo IV	
Capítulo V	
Capítulo VI	
Capítulo VII	
Capítulo VIII	
Capítulo IX	
Capítulo X	
Capítulo XI	
Capítulo XII	
Capítulo XIII	
Capítulo XIV	
Capítulo XV	
Capítulo XVI	
Capítulo XVII	
Capítulo XVIII	
Capítulo XIX	
Capítulo XX	
Capítulo XXI	
Capítulo XXII	
Capítulo XXIII	
Capítulo XXIV	
Relato sobre Harriet Backer	



Invisibilización: conjunto de mecanismos culturales dirigidos a ocultar de forma interesada la existencia de determinado grupo social.

Cuando hablamos de arte de autoría femenina, la historia universal del arte se ha encargado concienzudamente de obviar, anular, olvidar e invisibilizar las obras de las mujeres que desarrollan su labor artística en el campo de arte plástico (y lamentablemente, en todos los campos artísticos) negando el nombre y, por tanto, la existencia a todas esas creadoras.

Visibilizar: hacer visible lo que normalmente no se puede ver a simple vista.

Desde Ediciones Garoé hemos querido hacer todo lo contrario, visibilizando a las mujeres artistas a través de la inclusión de sus obras pictóricas en las portadas de nuestros libros. Porque nombrar es un acto de presencia, nombrar es un posicionamiento activo y comprometido con el que queremos nutrir a nuestras colecciones.

¹Sabemos que solo una de cada tres exposiciones individuales en los museos españoles es de una artista.

Nuestro objetivo es que nuestra *Colección clásicos Mujeres escritoras* se llene de arte con nombre de mujer, no solo como un acto de reconocimiento, sino, sobre todo, de gratitud hacia las mujeres artistas y su legado.

HARRIET BACKER



Harriet Backer. Retrato de autor desconocido. Biblioteca Nacional de Noruega.

Harriet Backer (1845 - 1932) fue reconocida como una de las más grandes pintoras noruegas. Fue también una de las pocas artistas femeninas que logró el reconocimiento mientras aún estaba viva. Harriet fue admirada por sus escenas de interiores cotidianas y repletas de colores vivos donde su don se identificaba extraordinariamente sobre el dominio de la luz. Se mudó a Christiania (Oslo) en 1856, y asistió a la Escuela Nissen (escuela abierta para la educación de las mujeres). En 1861 ingresó en la Escuela de Pintura Johan Fredrik Eckersberg, donde estuvo arropada por maestros como Knud Bergslien y Christen Brun. En 1874 decidió profundizar en su trazo y se trasladó

a Múnich, Alemania, donde conoció a su amiga Kitty Kielland. Residió en París de 1878 a 1888 junto a Kitty. En la capital francesa recibió clases de los grandes maestros realistas y academicistas Léon Bonnat y Jean-Léon Gérôme. Claramente influenciada por la pintura impresionista, a Harriet siempre se la catalogó dentro del realismo, aunque ella defendió su arte como naturalista. En 1888 regresó a Noruega y se centró en las escenas interiores que tanto la fascinaban. Algunos de sus reconocimientos: mención de honor en 1880 en el Salón de París por su lienzo Solitude (Soledad). Medalla al Mérito del Rey en Oro en 1908. Caballero de Primera Clase, Real Orden de San Olavo (1925). Además, entre muchos otros reconocimientos, se convirtió en uno de los miembros más importantes de la Asociación Noruega por los Derechos de las Mujeres.

La biblioteca de Thorvald Boeck, lienzo que actualmente se encuentra en el Museo Nacional de Arte, Arquitectura y Diseño de Noruega, es la obra con la que rendimos homenaje a la esencia de Harriet en la portada de El caballero de las botas azules.

PRÓLOGO



El caballero de las botas azules o el anhelo de la inmortalidad literaria

Rozar la perpetuidad literaria, ese íntimo y apremiante deseo de escribir algo que quede para el futuro, algo que sea capaz de influir en las mentes del público lector. Crear un manantial de palabras que sean capaces de erosionar, motivar, impactar, transformar, impulsar e, incluso, dañar a la persona que se enfrenta a la lectura de una novela, de un poema o de un relato. Rozar la inmortalidad, ese es el gran reto para la persona que aspira a trascender a través de la creación literaria.

Afirmaba Margaret Atwood: «Se necesita cierta dosis de coraje para ser escritor, un tipo de coraje casi físico, del tipo del que se necesita para vadear un río sobre un tronco. El caballo te tira al suelo y tú montas otra vez».²

Desde luego, entre Rosalía de Castro (Santiago de Compostela, 1837-Padrón, 1885) y Margaret Atwood (Ottawa, Canadá, 1939) no solo media un enorme océano,

sino más de cien años entre sus nacimientos, así como vivir cada una en un siglo en el que los estilos, los temas y los intereses literarios evolucionaban, a velocidades muy distintas, hacia ámbitos totalmente diferentes cuando no contrapuestos. Y, sin embargo, a ambas les une una misma pasión: la escritura; una incógnita: el sentido de ser escritora, y, me atrevo a añadir algo todavía más profundo y, con frecuencia, inconfesable para la persona que escribe: el deseo de ser perdurable en el tiempo, el anhelo de ser leído y reconocido por las generaciones futuras.

Precisamente, este es uno de los temas —yo diría *el* tema— que la autora gallega aborda en *El caballero de las botas azules*, una novela publicada en 1867 y que cierra la trilogía iniciada con *La hija del mar* (1859) y *Flavio* (1867), publicada por Ediciones Garoé bajo el lema «Ausencia, dolor y vanidad» con el fin de recuperar parte de la obra en prosa de Rosalía de Castro.

En esta novela, descubrimos la parte más íntima e impronunciable de nuestra autora. Me refiero a la voluntad que realiza para evaluar su propia capacidad narrativa, eligiendo para ello como protagonista a un singular personaje, el duque de Gloria, cuyo único deseo es crear una novela que lo distinga y engrandezca frente a los demás escritores. Una obra que lo eternice. ¿No es ese el anhelo de cualquier persona que escribe y que, sin embargo, tan solo unas pocas logran?

Sin duda, la temática sobre la creación literaria, tanto en prosa como en verso, constituye una constante en las obras

de Rosalía de Castro. Si en *La hija del mar* la poesía era el arma que definía a la mujer y en *Flavio* constituye el medio para que la protagonista se autodefiniera, en *El caballero de las botas azules*, Rosalía de Castro lleva la motivación de la escritura mucho más allá y lo hace en boca de un personaje extraño e irónico, arrogante y seductor, mitad hombre, mitad personaje mágico: «Burlón rostro y blanco como un pedazo de mármol, la mirada penetrante como una saeta, aunque atractiva y fascinadora al mismo tiempo, el negro cabello agrupado sobre la frente, la sonrisa irónica y final, rodeado por el brillantísimo y maravilloso resplandor de aquellas botas azules como el ciento, encanto de las mujeres, tormento de los zapateros y asombro de los sabios, jamás héroe alguno fantástico apareció más palpablemente sublime a los ojos de una sociedad civilizada».

La novela comienza con un diálogo literario-filosófico entre la musa y el hombre —¿entre la musa y la propia Rosalía?—, quien hace una reflexión sobre el profundo anhelo de todo artista de crear una obra excepcional; en este caso del literato, de escribir el libro de todos los libros, sin obviar la dificultad de tal empresa: «De buena gana escribiría un libro... y lo grabaría con letras de oro..., pero se escriben tantos... ¿Y de qué trataría en él? ¿Quién lo leería? Y aun cuando lo leyese, ¿recordarían al día siguiente su contenido? ¡Locura! ¿Quién se acuerda más que de sí mismo...? Y, sin embargo, esa es mi más querida ilusión... ¡mi eterno sueño!».

Ahonda igualmente la autora en la idea de la mala literatura que califica de «mal gusto» poniendo en boca de uno de los personajes de la novela, la condesa de Pampa, la siguiente aseveración: «Faltan el buen gusto y la novedad en los libros que hoy se escriben sin excepción alguna... Todos están cansados de esa literatura que han dado llamar moderna y excelente y que quizá lo hubiera sido si a fuerza de tomarla por suya inexpertas medianías no llegaran a convertirla en fastidiosa y ramplona».

Juicio en el que la literata gallega profundiza en el siguiente párrafo: «Señores, difícilmente, aun en aquellos tiempos oscuros en que la literatura se hallaba en mantillas y se esforzaba el poeta en dar una forma a las nebulosas creaciones de su fantasía, pudieran verse abortos literarios como los que hoy se admiran, vilipendio del arte y de las musas (...) En vez de esto, señores, la moda o, más bien dicho, el mal gusto, hace a todos los escritores, bueno o malos, ¡distinguidos!, esta es la palabra sacramental».

Son constantes las críticas que realiza la autora hacia los malos escritores, hacia los periodistas, hacia los editores («editores mal intencionados y usureros que tratan al escritor como un mendigo») y hasta hacia las novelas por entregas («lastimosa popularidad que han llegado a adquirir esas novelas que, para explotar al pobre, se publican por entregas de a dos cuartos»).

Por contra, hace llegar la obra a su punto álgido cuando, ya cerca de concluir la trama, describe una escena en la que se lanzan desde los balcones de un palacio «libros del

tamaño de tres pulgadas, encuadernados en terciopelo y con broches de oro», que hace culminar con este enigmático y singular párrafo:

«Todo lo malo ha sido confundido en las tinieblas y el espíritu del duque de Gloria, en compañía de la varita mágica y de las botas azules, acaba de remontarse en alas de su corbata a las elevadas regiones en donde habita el Moravo para decirle que la necia vanidad ha sido burlada por sí misma, que los malos libros se hallan sepultados en el abismo y que su obra prevalecerá en la tierra».

Muy aclaratorio, ¿no es cierto?

Otro de los temas que me gustaría destacar del presente volumen es el papel de la mujer. En comparación con las otras dos novelas que conforman la trilogía, estamos ante una novela que ahonda bastante menos en la denuncia en cuanto a la situación de la mujer de la época. De hecho, en *El caballero de las botas azules* se tilda a las mujeres, especialmente a las de clase noble, de seres banales, hipócritas y chismosos, a excepción de Mariquita, una joven de dieciséis años a quien su padre quiere casar con un hombre al que no ama. Y es en este punto donde, precisamente, sí podemos percibir la valoración negativa que hace la autora de Santiago de Compostela de las normas sociales de la época que negaban a la mujer la capacidad de tomar decisiones respecto a su vida y su futuro.

Encontramos, además, algún que otro guiño en este sentido como cuando, en un diálogo con otra dama, la condesa Pampa afirma: «La sociedad que los hombres han hecho a su gusto hasta nos prohíbe pensar...».

De esta forma, una vez más, Rosalía de Castro utiliza a los personajes femeninos para radiografiar la condición de la mujer de forma realista, a veces combativa, otras de forma resignada, pero siempre poniendo en la palestra la situación de desigualdad de la mujer frente al varón.

Como nota final, opino que en *El caballero de las botas azules* encontramos una obra de evolución de la narrativa de Rosalía de Castro que pasa del género clásico romántico de *La hija del mar* hacia una narrativa mucho más madura, con personajes mejor contruidos y una arquitectura argumental más sólida, con destacados destellos de ironía, en la que logra mantener un interesante equilibrio entre la realidad y lo fantástico. De hecho, la caracterización del personaje principal, el intrigante y vanidoso duque de Gloria, me hizo recordar a otro personaje creado muchos años más tarde por el ruso Mijaíl Bulgákov en su obra más emblemática *El maestro y Margarita* (1928). Se trata del seductor mago Voland, encarnación de un diablo arrogante, orgulloso y poderoso, con el poder de obnubilar a todos a su alrededor. Pero esa es otra historia. Ahora disfruten, que lo harán, con *El caballero de las botas azules*.

EL CABALLERO DE LAS BOTAS AZULES

ROSALÍA DE CASTRO



[**Nota preliminar:** Edición digital a partir de Lugo, Impta. de Soto Freire, 1867, cotejada con la edición de Ana Rodríguez-Fischer (Madrid, Cátedra, 1995) y la de Mauro Armiño (Obra completa, Madrid, Akal, 1980, t. II, pp. 241—566).]

UN HOMBRE Y UNA MUSA



PERSONAJES:

HOMBRE

MUSA

— I —

HOMBRE.—Ya que has acudido a mi llamamiento, ¡oh, musa!, escúchame atenta y propicia, y haz que se cumpla mi más ferviente deseo.

MUSA.—(*Oculto tras una espesa nube.*) Habla, y que tu lenguaje sea el de la sinceridad. Mi vista es de lince.

HOMBRE.—De ese modo podrás conocer mejor la idea que me anima. Pero quisiera que se disipase el humo denso que te envuelve. ¿Por qué tal recato? ¿Acaso no he de conocerte?

MUSA.—No soy recatada, sino prudente; así que te acostumbres a oírme, te acostumbrarás a verme. Di en tanto, ¿qué quieres?

HOMBRE.—¡Hasta las musas son coquetas!

MUSA.—Considera que soy musa, pero no dama, y que no debemos perder el tiempo en devaneos.

HOMBRE.—¡Qué estupidez...! Pero seré obediente, en prueba de la sumisión que te debo. Yo quiero que mi voz se haga oír, en medio de la multitud, como la voz del trueno que sobrepuja con su estampido a todos los tumultos de la tierra; quiero que la fama lleve mi nombre de pueblo en pueblo, de nación en nación y que no cesen de repetirlo las generaciones venideras, en el transcurso de muchos siglos.

MUSA.—¡Necio afán el de la gloria póstuma, cuyo ligero soplo pasará como si tal cosa sobre el esparcido polvo de tus huesos! Cuídate de lo presente y deja de pensar en lo futuro, que ha de ser para ti como si no existiese.

HOMBRE.—¿Y eres tú, musa, a quien he invocado lleno de ardiente fe, la que me aconsejas el olvido de lo que es más caro a un alma ambiciosa de gloria? ¿Para qué entonces la inspiración del poeta?

MUSA.—¡Locas aprensiones...! El bien que se toca es el único bien; lo que después de la muerte pasa en el mundo de los vivos no es nada para el que ha traspasado el umbral de la eternidad.

HOMBRE.—¿Qué estoy oyendo? ¿Aquella de quien lo espero todo se atreve a llamar *nada* al rastro de luz que el genio deja en pos de sí? La gloria póstuma ¿es, asimismo, una mentira?

MUSA.—¡Cesa...! ¡Cesa...!, si quieres ser mi protegido. No entiendo nada de glorias póstumas, ni de rastros de luz.

El poder que ejerzo sobre el vano pensamiento de los mortales acaba al pie del sepulcro.

HOMBRE.—Estoy confundido... ¡Qué respuestas..., qué acritud, qué indigna prosa...! Tú no eres musa, sino una gran bellaca, tan cierto como he nacido nieto de Adán.

MUSA.—He ahí una franqueza poco galante y de mal gusto en boca de un genio.

HOMBRE.—¿También irónica? ¡Oh! ¿De qué baja ralea descienes, deidad desconocida? ¿Te pareces por ventura a las otras musas tan cándidas, tan perfumadas y tan dulces como la miel? ¿Si tendré que llorar a mis antiguas amigas de quienes ingrato he renegado por ti?

MUSA.—¿Tú llorar...? ¿Cómo de esos ojos acostumbrados a sostener las iras de los tiranos, pudiera destilarse ese fuego de dolor que el corazón del hombre solo exprime en momentos supremos?

HOMBRE.—¡Taimada! Las lágrimas son patrimonio de todos.

MUSA.—Sea, mi pequeño Jeremías; pero tú sabes que has acudido a mí, fatigado de recorrer las obligadas alamedas del Parnaso. Allí, el vibrante son de las cuerdas del arpa, la armoniosa lira, el eco de la flauta, el murmurio de los arroyos y el canto matinal de los pájaros habían llegado a poner tan blando tu corazón, tan quebrantado tu ánimo y tu espíritu tan flojo y vacilante que, pobre enfermo, sintiendo escapársete la vida, te volviste ansioso hacia mí, para

respirar el airecillo regenerador, que yo agitaba vigorosamente con mis alas invisibles.

HOMBRE.—¡Una musa con alas...!

MUSA.—Llámales abanicos o sopladores si te agrada mejor. Vana cuestión de nombres.

HOMBRE.—¡Horror...! ¡Abominación...!

MUSA.—¡Necio de ti!, que buscando mi amparo no sabes abandonar todavía las antiguas preocupaciones. Mas, por última vez te advierto que ,si quieres ser mi aliado, dejes de fijarte en las palabras y atiendas solo a los hechos, que rompas con todo lo que fue, porque mal sentarían a tu nuevo traje los harapos de un viejo vestido.

HOMBRE.—Cualquiera diría al oírte, extravagante deidad, que vas a regenerar el mundo.

MUSA.—Hombre de genio: yo pido a mis discípulos que sean menos charlatanes y más obedientes y sumisos; di, pues, de una vez si es tu deseo entregarte a mí con el ardimiento de una fe sincera y la lealtad más acendrada.

HOMBRE.—¿También te atreves a pedir ardimiento y lealtad, cuando pareces la antítesis de cuanto presta aliento y poesía al corazón del hombre?

MUSA.—(*Alejándose.*) Sigue, pues, tu antiguo camino, mortal pertinaz, contumaz y renitente en pasadas culpas y añejos vicios, y no vuelvas a importunarme. Otro más afortunado que tú será mañana el que...

HOMBRE.—(*Interrumpiéndola.*) Espera..., ¿te he dado acaso una respuesta?

MUSA.—(*Volviendo a acercarse.*) ¡Cuán penetrante aguijón es la envidia...! Pero acabemos de una vez. ¿Quieres ceñir la *pensativa* y *calva* frente con la aureola de la gloria?

HOMBRE.—Y de la inmortalidad.

MUSA.—De la popularidad querrás decir, pues ya te he advertido de que mi poder acaba en donde empieza el de la muerte. ¿Quieres, en fin, ser mío?

HOMBRE.—¡Tuyo...! ¡Tuyo...! Es eso, ciertamente, mucho pedir... Pero bien..., seré tuyo. Inspírame ya, musa desconocida que habitas esas extrañas regiones en donde hasta ahora no ha penetrado el pensamiento humano; inspírame para que pueda cantar en ese nuevo estilo que se me exige, que se espera con avidez, pero que nadie sabe.

MUSA.—No, no se trata de cantar...

HOMBRE.—¿Empiezas a burlarte de nuevo?

MUSA.—(*Mudando de acento.*) Tú, mi hijo mimado, a quien destino para lanzar sobre la muchedumbre el grito supremo, óyeme con atención profunda y sumisa. Ya no es Homero, cuyos lejanos acentos van confundiendo su débil murmullo con las azules ondas del mar de la Grecia; ya no es Virgilio, cuyo eco suavísimo, a medida que avanzan los años, se hace más sordo y frío, más lento e ininteligible, como gemido que muere; ya no es Calderón, ni Herrera, ni

Garcilaso, cuyas nobles sombras, cuando la clara luna se vela entre nubes blanquecinas y esparce por la tierra una confusa claridad, vagan en torno de las academias y de los teatros modernos, buscando en vano alguna memoria de tus pasados triunfos. Su nombre no resuena en ellos, el rumor de los antiguos aplausos se ha apagado para siempre, y únicamente les es dado ver salir por las estrechas puertas a los nietos de sus nietos que, ensalzando sin conciencia palabras vacías y abortos de raquíuticos ingenios, acaban de echar sobre las venerandas tumbas de sus ilustres abuelos una nueva capa de olvido. Avergonzadas entonces, las nobles sombras quieren huir y esconderse en el fondo impenetrable de su eternidad; pero el mundo, encarnizadamente cruel con los caídos, al percibir a través de la noche sus vagos contornos, les grita: «¡Ya fuisteis!», y pasa adelante. He ahí lo que queda de lo pasado.

HOMBRE.—Sin duda, ¡oh, musa!, como vives muy alto, se te figura noche tenebrosa acá abajo lo que es purísimo y claro día. No, ni Garcilaso ni Calderón ni Herrera ni ninguno de nuestros buenos poetas morirán nunca para nosotros, ni Homero ni Virgilio dejarán de existir mientras haya corazones sensibles sobre la tierra.

MUSA.—¿Cómo me pides entonces nueva inspiración, si en ellos puedes hallar todas las fuentes? Si el mundo está satisfecho con lo que posee, si ninguna de esas sombras ilustres ha perdido su antiguo dominio en la tierra ni ha desaparecido su memoria, ¿por qué me has dicho:

«Inspírame, musa desconocida, para que yo pueda cantar en ese nuevo estilo que se me exige, que se espera con avidez, pero que nadie conoce?».

HOMBRE.—Gustar de lo nuevo no es despreciar lo viejo.

MUSA.—No se desprecia, pero se olvida; no llena ya las exigencias de las descontentadizas criaturas..., no basta a satisfacerlas.

HOMBRE.—¿Qué es lo que basta entonces? Ese es el secreto que debes revelarme. ¿Acaso Cervantes...?

MUSA.—El hombre contiene en sí mismo cierta materia, dispuesta siempre a empaparse con placer en la burla, a quien un gran genio bañó con la salsa amarga y picante de sus hondas tristezas.

HOMBRE.—Esta es la única vez que te he oído hablar razonablemente. He aquí, pues, un buen punto de partida. Búscame a semejanza de don Quijote, aunque revestido de modernas y nuevas gracias, un caballero, ya que no hidalgo, porque ya no hay hidalgos...

MUSA.—¿Y hay caballeros?

HOMBRE.—¡Injuriosa pregunta! Si no de la Mancha, de Madrid; si no de Madrid, de Cuenca; y aun cuando sea un fullero andaluz, un taimado gallego o un avaro catalán, si te parece que para el caso es igual, le aceptaré de buen grado.

MUSA.—Vuelve la mirada hacia el mediodía.

HOMBRE.—(*Lleno de asombro.*) ¿Qué es lo que me señalas con esa mano blanca y cubierta de hoyuelos que dejas escapar a través de la niebla que te envuelve? ¿No es aquella la figura del cínico Diógenes que lleva una linterna encendida en medio del día para buscar un hombre?

MUSA.—Ella es.

HOMBRE.—Y ¿qué pretendes, mostrándome esa horrible visión?

MUSA.—Tal como Diógenes buscaba un hombre, tendría yo que buscar un caballero, con tal de que ese caballero, a la manera que yo le comprendo, no fueras tú mismo.

HOMBRE.—Yo... ¿Qué te atreves a decir?

MUSA.—Tipo acabado de los que hoy por el mundo corren y viven y triunfan, quizá pudieran encontrarse algunos peores que tú; mejores, ninguno.

HOMBRE.—Empiezas a causarme graves recelos, musa o diablo, y me arrepiento de haberte invocado. Eres voluble y grosera, y jamás, en fin, ha podido soñarse un ser de tu especie, más insolente ni más malicioso.

MUSA.—Para darte una severa lección de filosofía, de una filosofía lúcida y consistente de la cual llevo siempre conmigo la conveniente dosis, no haré caso de tus palabras. Únicamente me dignaré añadir que, puesta la mano sobre el corazón, te interrogues a ti mismo y me digas después, si puedes, quiénes son tus padres.

HOMBRE.—¿Quieres bajar un poquito más y te lo cuento al oído?

MUSA.—(*Lanzando una sonora carcajada.*) Él era; lo era y decíamos que no lo era.

HOMBRE.—Musa extravagante, a quien de buena gana haría saber cómo duelen los mojicones dados por un débil mortal, ¿a dónde vas a parar con semejante jerigonza?

MUSA.—A la herida que mana siempre sangre en tu corazón o, mejor dicho, en tu orgullo.

HOMBRE.—¿Y no has reflexionado que te volveré la espalda y te dejaré partir en mala hora?

MUSA.—Ya es tarde, discípulo mío, para que puedas abandonarme sin pena. Yo poseo ese agridulce patrimonio y encanto de las mujeres que no son bonitas, y que se llama belleza del diablo; de modo que aun cuando en un momento de mal humor me desdeñases, volverías en busca mía; no lo dudes.

HOMBRE.—Pretenciosa... ¿Y para qué iría en tu busca? ¿Para que me hablaras en esa jerga grosera e infernal que lastima el oído?

MUSA.—Es decir ¿que nada mío te gusta? Corriente; pero al menos no quiero que me niegues el don de haber sabido adivinar tu historia y de haber leído en tu corazón.

HOMBRE.—Si solo de mi historia y de mi corazón se trata, puedes ahorrar palabras inútiles porque de todo eso me hallo muy bien enterado.

MUSA.—Mucho olvidaste que te hace falta recordar y no imagines que, a semejanza de los ociosos, me ocupo de estas cosas para pasar el tiempo. Toda nueva vida requiere una confesión sincera de las pasadas culpas, y como tú no has examinado todavía tu conciencia, quiero librarte generosamente de tan incómodo trabajo. Además, es preciso que te veas *tal cual eres* y que te conozcas perfectamente a ti mismo, sin cuya circunstancia creerías valer más de lo que vales, y por temor a *descender* no darías un paso en la escabrosa senda que te espera.

HOMBRE.—Porque no creas que temo las amenazas de un ser como tú, te escucharé algunos momentos más; pero no aquí; pues si las gentes te oyesen, se escandalizarían de tus palabras.

MUSA.—Vámonos, pues, pudoroso cortesano, al bosque vecino, donde para consuelo tuyo y contento mío solo nos oirán los lobos y las zorras, que, si acertasen a comprendernos, algo podrían aprender de las traiciones e infamias de los hombres.

— II —

MUSA.—Ahora que nadie puede escandalizarse de mis palabras, te diré que quien tiene dañado el corazón no debe horrorizarse de las culpas de sus semejantes, ni temer que le contaminen, cuando más bien pudiera contaminarlos.

HOMBRE.—Mi corazón está limpio y, gracias al cielo, no necesito de tus consejos. ¿Por qué te habré buscado si soy cuanto he ambicionado ser?

MUSA.—¡Mientes! Pues antes que todo, hubieras querido nacer príncipe y eres un hijo de cualquiera.

HOMBRE.—¡Mil veces necia! ¿Crees que tengo en más que la mía la sangre de los príncipes, y que no me envanezco de mi humilde cuna?

MUSA.—Nadie debe envanecerse ni avergonzarse de esas cosas, que son, como quien dice, un azar de la suerte; mas no acontece así. Cuando tu lastimada vanidad lo exige, haces alarde de tu oscuro origen, es cierto, pero en el fondo del corazón llevas clavada esta verdad, como si fuese una dura espina, y jamás puedes acordarte sin rubor de que has tenido que vestir la librea de los que se llaman altos señores para parecerte a ellos. ¡Como si un hombre no valiera tanto como otro hombre!

HOMBRE.—¿Qué estás diciendo? La cuna ni distingue ni engrandece; pero el hombre sabe distinguirse y engrandecerse sobre los demás.

MUSA.—*Mostrad cómo.*

HOMBRE.—¿Querías acaso compararme con un imbécil de esos que pasan a mi lado revolcándose entre el fango como las bestias? Y el rico y el noble, que no saben hacer más que comer y gastar sin tasa lo que el diablo amontona en sus arcas, ¿estarán nunca a la altura del poeta y del

sabio, cuya existencia se consume en bien de la humanidad?

MUSA.—¡Rutinario! El corazón del hombre es un arcano que solo Dios comprende, y únicamente podré decirte que así el sabio y el poeta como el imbécil, el noble y el rico egoísta creen valer tanto o más que el resto de los humanos. Quién tenga o no razón, es tan problemático como inútil discutirlo.

HOMBRE.—Musa sin seso..., si lo que dices fuera verdad, hace mucho tiempo que hubiera renegado de mí mismo. Un estúpido no pudo ser hecho a semejanza de Dios, y es imposible que me parezca a él.

MUSA.—¡Orgullo y vanidad! ¿Y qué eres tú más que miseria y polvo como ellos? ¡Tú, que te llamas genio y grande hombre y que aspiras a la inmortalidad! Algún talento, audacia y ambición colosal, he aquí los ejes poderosos sobre los que han girado las ruedas de tu fortuna...

HOMBRE.—El pedestal de mi fortuna ha sido el trabajo; la asiduidad y la inteligencia, el escabel que me ha elevado sobre los que me son inferiores.

MUSA.—¡Tu trabajo...!, ampollas de jabón para algunos, así como tu inteligencia.

HOMBRE.—¡¡La envidia fija siempre en lo alto sus miradas!!

MUSA.—La presunción en todo ve alabanzas y ojos codiciosos, soberbia criatura... ¿De qué puedes estar orgulloso? ¿De haber escrito pomposos artículos llenos de la más acendrada filantropía y de haber desplegado tu mayor ciencia en lanzar anatemas devastadores contra los *enemigos de la patria*, es decir, contra los más pequeños y que no podían volver por su honra sino en bien de tu propia gloria? Pues así fue cómo empinándote poco a poco sobre los hombros de los débiles, te fuiste irguiendo audazmente con el aplomo y la gravedad de un hombre *que no depende de nadie y que todo lo debe a su talento*. Cuando, por fin llegaste a la dorada cumbre en donde la gente de *contra* y de *pro* se pasea sin vergüenza, importuna compañera del vano honorcillo que se ha dejado como inútil en el último peldaño de la escalera mágica, te diste de codo con los poderosos, alargaste con llaneza y abnegación tu dedo meñique al miserable que te había servido de escabel (esto porque no te llamasen ingrato), jugaste con sus excelencias (q. D. g.) tu sueldo de un año, que perdiste, pero cuya pérdida valió a tu orgullo que algunas duquesas te hablasen al oído, y con solo cinco mil reales, ¡incomprensible maravilla!, diste la vuelta al mundo, reposando después, allende los mares, sobre una tierra virgen, en las Antillas, en fin, en donde los afortunados refrescan la frente abrasada por el calor del clima, en ríos que corren sobre cauces de oro. Cuando después, perfectamente conocedor de la política, de la estética, de la fisiología, de la mineralogía y de las costumbres

extranjeras, te devolviste generosamente a la patria (antes del viaje ostentabas una preciosa cabellera, que no daba indicio de tus profundos pensamientos), apareciste en las Cámaras con la cabeza calva y reluciente como la cáscara de un limón verde, interrogaste a los ministros con esa acentuación cómica, que da tanto valor a las palabras más vacías, insultaste a tus adversarios; y tus antiguos amigos viéndote al fin *un hombre*, que no puede dejar de serlo el que ha visto *correr* en sus cauces de oro los anchurosos ríos del nuevo mundo, exclamaron desde el interior de su corazón: «Pésanos, amadísimo compañero, de no haber podido ir delante de ti, pero esperamos fervientemente una ocasión propicia para derribarte de tu frágil solio». Entre tanta pompa y tanto brillo, el recuerdo del modesto puchero, con que te criaron tan gordo y tan bien dispuesto tus buenos padres, estaba a cien leguas de ti, o era como si no existiese: tomando el rábano por las hojas creíste que eras tú el que habías levantado tu fortuna, y no que era la fortuna la que te había levantado a ti, y descontento ya de victorias que otros ganaban a semejanza tuya, al lanzarte por el camino que habían elegido, fue cuando has dicho: «¿Qué he hecho y qué soy al fin? ¡Diputado y ministro...! ¡Ya no es nada de esto la fruta del árbol prohibido!, sino que parece la esperanza de los abogadillos charlatanes y de todo el que tiene derecho a mandar porque manda. Pigmeos, llegan a alcanzar la fruta velada, y ministros y diputados suben y bajan del poder, en estos felices tiempos, como suben y bajan en la olla las habas que no han

acabado de cocerse. ¡Y qué sustos, qué luchas, qué descabros, qué vergüenzas cuando la patria o los émulos, semejantes al maestro que corrige al pequeñuelo azotándolo, corrigen asimismo al diputado y al ministro... obligándoles a hacer su dimisión, decorosamente, por supuesto, pero con látigo...! No, ninguno de estos triunfos, mezquinos como su origen, deja un verdadero rastro de gloria en pos de sí: casi siempre ha sido el poder el palenque de las doradas medianías y el bazar de los honores que se toman por asalto, y no es nada de esto lo que conviene a un espíritu emprendedor como el mío, cuyos triunfos no debieran tener rival en el mundo. Rico ya y dueño de algunos millones, no quisiera seguir las trilladas sendas de la vida, sino emprender algún trabajo desconocido que llenase de asombro la Europa, que me rodease de una gloria inmortal..., pero ¿qué hacer...? ¡Oh! De buena gana escribiría un libro... y lo grabaría con letras de oro..., pero se escriben tantos... ¿Y de qué trataría en él? ¿Quién lo leería? Y aun cuando lo leyesen, ¿recordarían al día siguiente su contenido? ¡Locura! ¿Quién se acuerda más que de sí mismo...? Y, sin embargo, esa es mi más querida ilusión..., ¡mi eterno sueño!».

Lleno de abatimiento, volviste entonces la mirada hacia las antiguas musas y comprendiste que estabas perdido. ¡Nada nuevo te restaba ya! La inspiración, esa divina diosa que algún tiempo solo se comunicaba con algunos elegidos, dignos de recibir las celestes inspiraciones, correteaba ya por las callejuelas sin salida, guarida de los borrachos, y se